

facto. Entonces, con vuestro permiso, mi capitán, se empeñó reñido combate de generosidad entre él y los otros negros, que hubiese debido durar un poco más... No importa! yo me tengo la culpa, porque yo le hice acabar. Pierrot ocupó el puesto de los negros. En este momento su perro Rask llegó y me saltó al pescuezo. ¡Ojalá me hubiera apretado bien para tardar algunos minutos más! Pero Pierrot le hizo una señal y el pobre dogo me soltó. Bug-Jargal no pudo, sin embargo, impedir que fuese á echarse á sus piés. Entonces os creía muerto, mi capitán; estaba encolerizado, grité...

El sargento extendió la mano, miró al capitán, pero no pudo articular la palabra fatal.

—Bug-Jargal cayó... y una bala rompió una pata á Rask.—Desde entonces (el sargento, al decir esto, meneaba la cabeza tristemente), desde entonces está cojo el pobrecillo. Oigo en seguida unos quejidos en el bosque inmediato, llego y os vi á vos, que os alcanzó una bala y os hirieron cuando llegábais á salvar al desdichado Pierrot.—Sí, mi capitán, llorábais, pero era por él: Bug-Jargal había muerto. A vos os llevaron al campamento, herido, pero curásteis, gracias á la cariñosa asistencia de vuestra afectuosa esposa.

El sargento se detuvo: Auverneroy repitió con voz dolorosa y solemne:

—Bug-Jargal había muerto.

Tadeo bajó la cabeza.

—Sí, contestó éste; él me salvó la vida y yo se la quité.

NOTA.

Como los lectores acostumbran á exigir averiguaciones definitivas acerca de la suerte de cada uno de los personajes que les interesan en las novelas, el autor de este libro ha practicado algunas indagaciones con la intencion de satisfacer esa curiosidad con respecto al capitán Leopoldo de Auverneroy, al sargento Tadeo y al perro Rask. El lector debe recordar que la sombría melancolía del capitán provenia de doble causa: de la muerte de Bug-Jargal, por otro nombre Pierrot, y de la pérdida de su querida María, la que fué salvada del incendio del fuerte de Galifet y pereció poco tiempo despues en el primer incendio del Cabo. En cuanto al capitán, hé aquí lo que hemos averiguado.

Al día siguiente de una gran batalla, que ganaron las tropas de la República

francesa al ejército de Europa, el general de division M..., encargado del mando en jefe, estaba solo en su tienda de campaña redactando, segun las notas del jefe de Estado mayor, el parte que debia mandarse á la Convencion nacional sobre la victoria de la vispera. Un ayudante de campo presentóse á noticiarle que el representante del pueblo comisionado cerca de su ejército deseaba hablarle. No podia sufrir el general aquella especie de embajadores de gorro rojo que diputaba la Montaña á los campamentos para rebajarlos y diezmarlos, delatores sin máscara, encargados por sus amigos los verdugos de espiar la gloria; pero hubiera sido peligroso rechazar la visita de ninguno de ellos, sobre todo despues de una victoria. El ídolo sangriento de aquellos tiempos era aficionado á víctimas ilustres, y los sacrificadores de la plaza de la Revolucion estaban satisfechos cuando conseguian de un mismo golpe hacer caer una cabeza y una corona, aunque solo fuese de espinas, como la de Luis XVI, ó de flores, como la de las vírgenes de Verdun, ó de laureles, como la de Custine y la de Andrés Chenier. El general mandó que introdujeran al representante del pueblo.

Despues de algunas felicitaciones ambiguas y restrictivas sobre el reciente triunfo del ejército republicano, el representante se aproximó al general y le dijo en voz baja:

—No basta, ciudadano general, vencer á los enemigos de fuera; es preciso, es indispensable exterminar los enemigos de dentro.

—¿Qué quieres decir, ciudadano representante? le preguntó el general asombrado.

—Sirve en tu ejército, repuso misteriosamente el emisario de la Convencion, un capitán que se llama Leopoldo de Auverneroy, que está en la 32.^a brigada; general, le conoces?

—Sí, respondió el interpelado; justamente leia ahora el informe del ayudante general, jefe de la 32.^a media brigada, y que le concierne. Esa media brigada tenia en él un excelente capitán.

—Cómo, ciudadano general? contestó con altivez el representante. ¿Le has concedido otro grado?

—No te ocultaré, ciudadano representante, que esa era mi intencion.

Al oír esto, el comisario de la Convencion interrumpió imperiosamente al general.

—La victoria te ciega! pero cuidado

con lo que haces y con lo que dices. Si calientas en tu seno las serpientes enemigas del pueblo, tiembla de que el pueblo no te aplaste al aplastar á las serpientes. Leopoldo de Auverneroy es un aristócrata, es un contra-revolucionario, un realista, un clubista, un girondino. La justicia pública me lo reclama; entrégamelo al momento.

El general respondió friamente.

—No puedo.

—Cómo que no puedes? replicó el comisario, cuya cólera iba en aumento. ¿No sabes que aquí no existe más poder ilimitado que el mio? ¿Te lo manda la República y contestas que no puedes? Quiero, pues lo mereces por las victorias que consigues, tener la condescendencia contigo de leerte la nota que sobre Auverneroy me han entregado y que debo enviar, así como su persona, al acusador público. Es el extracto de una lista de nombres, que no deseo que me obligues á terminar con el tuyo.

Escucha.—“Leopoldo Auverneroy (antes de), capitán de la 32.^a semi-brigada, convicto, primero, de haber referido en un conciliábulo de conspiradores una historia contra-revolucionaria, que tendia á ridiculizar los principios de igualdad y de libertad y á exaltar las añejas supersticiones conocidas con los nombres de *poder real* y de *religion*; convicto, segundo, de haberse servido de expresiones reprobadas por todos los buenos *sans-culottes*, para caracterizar diversos acontecimientos memorables, y en particular el de la emancipacion de los negros de Santo-Domingo; convicto, tercero, de haber empleado siempre la palabra *señor* en su historia y nunca usar la palabra *ciudadano*; en fin, en cuarto lugar, convicto, segun dicha historia, de haber conspirado abiertamente contra la República en provecho de los girondinos y brissotistas... merece la muerte.”—Pues bien, qué respondes á esto? ¿Protejerás aun á ese traidor? ¿Vacilarás en entregarme á ese enemigo de la patria?

—Ese enemigo de la patria se ha sacrificado por ella. Al extracto de tu informe contesto con el extracto del mio. Escucha tú ahora.—“Leopoldo de Auverneroy, capitán de la 32.^a semi-brigada, decidió la nueva victoria que ha alcanzado nuestro ejército. Los enemigos establecieron un reducto formidable, que era, por decirlo así, la llave de la batalla: era preciso tomarle. La muerte del primer valiente que le atacara era casi segura; este valiente fué el capitán Auverneroy; tomó el reducto, murió en la empresa y hemos vencido. El sargento Tadeo y un perro se han encontrado á un lado entre los muertos. Proponemos á la Convencion nacional que decrete que el capitán Leopoldo de Auverneroy es acreedor á la gratitud de la patria.”

—Ya ves, dijo el general con tranquilidad, la diferencia de nuestras dos misiones; enviaremos cada uno por su parte dos listas á la Convencion; el mismo nombre aparecerá en las dos; tú le denuncias como traidor, yo le presento como un héroe; tú le entregas á la ignominia y yo le consagro á la gloria; tú le condenas al patíbulo, yo le dedico á la apoteosis; cada cual de nosotros desempeña su papel. Fortuna ha sido, sin embargo, que una batalla haya librado del suplicio á ese valiente. A Dios gracias, el que querias condenar á muerte ha muerto ya.

Furioso el comisario al ver que desaparecia la conspiracion al desaparecer el conspirador, murmuró entre dientes:

—Ha muerto! que lástima!

El general, que lo oyó, le dijo indignado:

—Todavía te queda un recurso, ciudadano representante del pueblo; el de ir á buscar el cuerpo del capitán Auverneroy entre los escombros del reducto, que quizás las balas de los enemigos hayan dejado la cabeza del cadáver, que podeis destinar á la guillotina nacional.

FIN DE BUG-JARGAL.